

## MARGEN A LA ETERNIDAD.

Retorno sin viaje, Aloisius Acker vuelve de pronto, nutrido de un inefable sentido de muerte lleno de violencia. Viene atormentado, seguro y vacilante por entre un extenso margen de poesía. Parece repetir con el otro poeta que presagiaba una derrota a la muerte “caído de cara al cielo” en un escamoteo del alma que va a la deriva en una lírica corriente cristalina. Poema sin desespero y sin descanso, con la sorpresa de una degustación apasionada de desfreno, vacaciones sin mesura para quien paladar tan excepcional tiene para una retórica clásica. Es *Martín Adán* el que en tantos poemas como el de la rosa de cristal, esgrime una sensualidad lírica inerme y asediante. Sensualidad sorpresiva y golosa en donde la palabra toma contornos mórbidos, y goza en admirable autonomía, casi anatómica, una absoluta posesión de formas. Cruje la oscilación del contorno, hacia espacios evanescentes, prendidos al anhelo de un inseguro trapecio en que la expresión no basta. A veces la poesía que hondamente se resiente en la geografía del lenguaje, y pugna por dominar nuevas dimensiones. Dominar la tierra, el agua, el aire; para ascender después a la pura inexperiencia, en un ámbito demasiado lleno de interrogaciones. Muerte y angustia; angustia y muerte: cabal y fecunda astronomía celeste para lograr una acesión propicia. Ir como en el soneto del Dante: “el alma opresa, el corazón constante”, hacia una vida asediada por íntimas torturas descendidas. Esas torturas incisivas, acaecidas sin saber cómo, pero más reales por eso, más duras y más irrefragables. El poeta sin embargo ha sido fiel a su itinerario doloroso: “es corazón constante” a su terrible aventura interior, florecida cada día, en un nuevo rosal de angustia:

“la que nace es la rosa inesperada  
lo que muere es la rosa consentida”

Está todo rodeado en lo más íntimo, por unos irreparables sentimientos adheridos al discurrir diario en una hoesca caricia casi sexual. Por eso es que logra esa clara lucidez propia a los atenazados de lo sobrenatural, al decir en labios ajenos lo que germina en sí mismo:

“quien en la rosa que veo  
vió la que no se veía”

Es su expresión lírica en la quinta dimensión complaciente a la voz no domeñada. Es por eso que a través de la inseparable esquizitez retórica de los tres sonetos dedicados a Alberto Ureta, descubrimos siempre una mano que se agita en gesto desesperanzado:

“que ser poeta es oír las sumas voces  
el cuerpo herido por un haz de goces  
mientras la mano a escribir no osa”

el cuerpo “herido”. Más adelante en sus poemas sobre variaciones de Arequipa, nos dirá en las guitarras: “un goce de estar herido”. Y es que como en el libro de Job hay una delicia de ahondar las llagas, cuando de esta hartura ha de brotar una esperanza divina. Del dolor la voz ya sube naturalmente a cualquier protesta y dura en ella:

“los cielos se desgarran a tu fuerza”

visión inédita y llena de desencanto y de esperanza, sobre el porvenir del secreto tesoro que hay en cada hombre. Tesoro disfrazado de podredumbre y horror y de tibieza, porque la vida es germen de la muerte, pero también en la muerte nace a diario una nueva existencia. Poesía que no nos evade al sueño, sino acongoja y nos ata a la vida llena de laceraciones. Brinda un concepto exacto de la muerte lleno de horror y dulzura: “labre la muerte su cera”. Sin embargo no es una lírica pesimista, sino que nos invade de un dejo humano plagado en compensaciones. Habla una y varias veces del poeta desaparecido que “jugaba hasta morir” compañero personal y inseguro de una misma delicia y una diferente gula; que nació porque sí, y vivió obscuro y alegre porque:

“tenía como el gorrión  
el corazón de suspiro”.

Aunque sólo éste es el preámbulo, como lo fué la “Casa de Cartón”, ese testimonio poético de crítica profunda, producto paradójico en una generación vanguardista “intrascendente”. Más, la “Casa de Cartón” tiene tonos inesperados de incisiva crítica dentro de una forma estética impecable. Ahora nace, muere y vuelve a reaparecer este tercer Ulises que ha dicho llamarse Aloisius Acker. Nace de un cercano y oculto paraíso que todos sospechamos, y tiene un derrotero sin rumbo que acentúa más sus facciones. Vaga por una región de colores sordos y aunque se duele y lucha con su presentimiento, puede hacer suya la frase de Amiel: “la mañana de hoy está llena de felicidad”; pero no podría afirmar si es la felicidad de vivir, o una inminente felicidad de muerte. Deriva entonces la in-

tención de esa imponderable rudeza expresiva, y tórnase la frase llena de ángulos de sombra:

“Aloisius Acker está naciendo  
llenado de gritos, la casa, el cielo”.

“está naciendo”, después siempre ese “estar viviendo, estar sufriendo”. El destino nunca es cabal para Aloisius, siempre ese dirigirse y no llegar, ese amanecer sin mañana, ese querer sin esperanza. Y es que en la biografía cruel que trajo a la vida—a la vida, y no al mundo—tenía un larguísimo y atormentado capítulo de eternidad

“ya estás entre nosotros  
del modo antiguo, del modo nuevo  
del modo eterno”.

Está en la casa de un modo total y tremendo. Y sin embargo vaga en una sinuosa constelación que apenas logran destruir los hombres. *Martín Adán* parece a veces desalentarse de la atroz presencia de Aloisius, pero este, está allí, detrás de cada mañana, poseído de una idéntica y añejísima lección: “y aquí estamos en la vida y en la muerte”. Todavía el poeta pretende deshacerse de su vigilia:

“naces de mi como el desconocido  
que tanto amamos en los sueños”.

Y aquí aparece “el otro” “El otro” viene asido entre una obscura niebla fuera de las lindes del presentimiento. “El otro” quien sabe viene de los sueños o de una anti-vida insegura, pero no de esta vida y de esta muerte

“El otro nos odia  
el otro no tiene hermano  
.....  
el otro eres tu y soy yo si nos separamos”.

En la pura humanidad que aureola todo el poema ahinca su salvación en la preciosa angustia. Salvarla siquiera, salvar el nombre

“todo desaparece  
salvemos el nombre hermano”.

El drama se quiebra, sin sentirlo, Aloisius anida en la única región propicia a su descanso. ¿Se aleja del mundo? ¿Se aproxima

más a él?. Lo único que adivinamos, es que viaja en una misma eternidad. Todavía las palabras se empinan y llegan a él y tornan de él.

“conversando contigo no temeré ser nadie  
no temeré ser el que me hablare  
no temeré la luz en el aire  
no temeré la eternidad como el río que nace  
no temeré nada, Aloisius Acker”.

El no temer por la confianza de la absoluta posesión. Aloisius Acker poema de muerte llega de un viaje sin partida y sin distancia, pero nutrido de una innúmera cronología de mañanas “llenas de felicidad”; goza también de un adorno de sombra doloroso y codiciado

“En mi clara sombra de dentro  
real como Dios, de modo infinito  
y sensible, yaces muerto”.

Exactamente es cuando Aloisius Acker se ha salvado y florecido en flor de eternidad. Y fué en el mismo momento en que nuestra lírica había conquistado el más exacto documento de humanidad que se haya escrito.

**Biblioteca de Letras** LUIS F. XAMMAR.  
«Jorge Puccinelli Converso»

